



5. Información

5.1 Reuniones y congresos

Coloquio de periodistas sobre temas educativos

Comentarios de ANTONIO GAMARRA

El desarrollo de los medios de información es uno de los rasgos esenciales del mundo actual. En 1965, según el Anuario de Estadística de la Unesco, existían 8.050 diarios con una tirada de 348 millones de ejemplares; 601 millones de receptores de radio y 198 millones de receptores de televisión. Si se comparan esas cifras con las del año 1950 resulta que mientras la prensa se mantuvo en situación estacionaria, los aparatos de radio se multiplicaron por cuatro, en quince años. La televisión, por su parte, aumentó seis veces más entre 1953 y 1965, es decir, en trece años.

Pese a lo extraordinario del éxito no faltan autores que opinan que el proceso del empleo de la radio, la prensa y la televisión a los efectos culturales y educativos, ha de ser estudiado con detenimiento y que está expuesto al fracaso.

Por los enormes capitales puestos en juego, la televisión se ha desarrollado con rapidez fulminante, y al explotar las posibilidades publicitarias ha llevado a cabo numerosas encuestas sobre el comportamiento del público y sobre los resultados mismos de la acción televisiva. El auditorio ha sido estudiado en detalle en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, en el Japón y en muchas otras naciones. Una observación sería la de referirse a los Estados Unidos y al sistema de televisión educativa integrado por 46 emisoras. Entre los habituales telespectadores de estos programas se encuentra el público más exigente, el más dispuesto a la crítica.

De los servicios mencionados se benefician unos 15 millones de telespectadores y unos 10 millones de niños que en las aulas reciben parte de la enseñanza por televisión. El Japón es el caso menos conocido por las dificultades del idioma, pero la televisión está implantada en el 90 por 100 de las escuelas primarias y secundarias, sean públicas o particulares, y por ello juega un papel decisivo en el progreso escolar y además en las tareas de formación profesional y en la educación de los adultos. Ya es insustituible

en la enseñanza de las matemáticas, la física, la geografía y las lenguas vivas.

Centrándonos en el punto más importante de la información entre las masas diríamos que la radio y la televisión en su conjunto aparecen como la revolución educativa más trascendental en la historia del hombre. Su influencia comienza en 1927, pero desde entonces se ha multiplicado de tal modo que hoy tenemos una gran dificultad en poder apreciar sus consecuencias. Por de pronto la cultura popular ha adquirido una dimensión desconocida y con ella el ansia social de la igualdad de oportunidades. Los economistas han admitido el valor multiplicador de la educación, pero en este momento en los países superindustrializados es el principio de la igualdad de oportunidades el que mueve a la opinión pública y el que frena los deseos de los gobiernos cuando tratan de reducir las sumas asignadas a la educación.

Por ejemplo, el mes pasado en la Gran Bretaña, la Confederación de Industrias Británicas llamó la atención de la opinión pública sobre la no conveniencia de rebasar el presupuesto de 2.000 millones de libras anuales para la enseñanza, por considerar que traspasar esos límites equivalía a poner en peligro el progreso económico del país al rebasar el por ciento razonable dedicado a esas atenciones. El comentario del diario *The Times* dijo en esta ocasión que no existe en la actualidad la voluntad de reducción de esos gastos ni en el gobierno ni en la oposición y que durante muchos años es necesario disponerse a constantes aumentos en las cifras destinadas a la educación pública.

Ahora bien, en esas sociedades superindustrializadas resulta absolutamente preciso emplear a fondo los mejores talentos y capacidades. En los países en vías de desarrollo esa exigencia es todavía más clara.

¿De dónde procede la crisis de la educación? La crisis de la educación viene de que a la escuela y a la Universidad les hemos encomendado tareas gra-

ves para las que no están preparadas: mantener niveles de enseñanza muy elevados, a pesar del crecimiento constante de los efectivos; preservar la continuidad de la cultura en una época de profundos cambios sociales; preparar a los adolescentes y a los jóvenes, no para vivir en la sociedad actual, sino para que sepan adaptarse a las circunstancias de un mañana totalmente desconocido; enseñar a muchos niños que por circunstancias de hogar, o por falta de capacidad para seguir los estudios, de manera que no queden al margen del progreso y de la vida social.

Al responder a la pregunta formulada por los periodistas sobre si la educación seguirá siendo noticia por mucho tiempo, cabría decir lo siguiente: en los años de 1930, conforme lo acreditan las recomendaciones de la Conferencia de Instrucción Pública, se cerraban las escuelas de Europa por imperativos financieros debido a la regresión económica del mundo. Todavía en 1950 se observaba esta misma tendencia en algunos países de Hispanoamérica. Hoy no hay gobierno en ninguno de los países europeos o americanos que pueda permitirse adoptar semejante decisión.

Siguiendo las informaciones de los periódicos más importantes, la tendencia es hacia el desarrollo de la enseñanza, y la escuela y la universidad necesitan emplear los medios a su alcance con la mayor eficacia posible. Ya el aumento multiplicado de sus presupuestos va más allá de lo que las naciones pueden darles. Si entre 1956 y 1967 los países hispanoamericanos aumentaron en general los gastos de educación a un ritmo doble del crecimiento de la renta nacional; en los países industrializados de Europa, como el Reino Unido o Suecia, ese aumento fue todavía mayor. En los últimos veinte años los presupuestos de educación se han triplicado, por término medio, en naciones que contaban ya con un cierto grado de saturación escolar. El movimiento se acelera de tal modo que se prevé la duplicación de las sumas destinadas a la educación en los diez próximos años. Este aumento de la escolaridad en todos los grados, y el de los efectivos, planteará por sí mismo un gigantesco problema de educación de los adultos.

La radio, la televisión y la prensa podrán dar a los sistemas escolares un impulso considerable, podrán llenar el vacío entre las capas ilustradas de la población y el público en general, entre los dirigentes y los ciudadanos que no gozaron de plenas oportunidades de educación. Este problema no es nacional, es universal.

¿Qué ocurre en la mayoría de los hogares, en todas las casas de los países industrializados que poseen un receptor de televisión? La mayoría pasan dos o tres horas delante de la pequeña pantalla, quizá escuchan también la radio una hora por día y una buena parte del público dedica dos horas a la lectura del periódico. Durante cinco horas o seis todo estamos bajo la influencia de los medios de comunicación, y hasta ahora no ha habido ninguna institución que haya podido exigir entre el gran público una dedicación igual. En Europa, en el 80 por 100 de los casos, el diario es además la única fuente de lectura, y entre los jóvenes de doce a catorce años, el consumo de televisión es extraordinario.

Ahora mismo se acaba de celebrar en la Casa de la Unesco una reunión de 19 expertos, encargada de preparar la Conferencia Intergubernamental sobre políticas culturales, anunciada para 1970. Los documentos de trabajo y las intervenciones de estos expertos constituyen la mejor prueba de que las antiguas y tradicionales ideas sobre minorías selectas, sobre las masas y sobre la cultura ya no nos sirven. Los sociólogos están intentando investigaciones larguísimas para encontrar otros términos más rigurosos, pero lo malo es que es ahora, muy pronto, cuando tenemos que tomar decisiones y del acierto que tengamos depende el porvenir.

Observamos por ejemplo en los Estados Unidos el lanzamiento de un plan ambicioso sobre el que hay que meditar. La Fundación Ford ha enviado un proyecto a la Comisión Federal de Comunicaciones sobre lanzamiento de un satélite, sin fines lucrativos, para ser administrado por un organismo público. Brasil, Argentina, Méjico, Ecuador, Colombia, Venezuela y Chile participan en programas relacionados con el empleo de satélites para fines culturales, proyectos que están siendo estudiados por los expertos y que van a dar una dimensión nueva a la transmisión de la palabra y de la imagen, en una región idiomática y cultural que nos afecta profundamente. Según los expertos consultados por la Unesco antes de diez años podremos recibir en el hogar, directamente, sin las instalaciones actuales tan espectaculares, todos los mensajes transmitidos por satélites, y ante el avance de la tecnología moderna las fórmulas habituales de censura, de inhibición nacional quedarán fuera de uso.

Son los medios de comunicación y los medios tecnológicos empleados en la enseñanza los que han dado mayor fuerza a la presión popular para la igualdad de oportunidades. Quizá sea una quimera, que no lo es, pero ya saben ustedes que las quimeras son las que mejor mueven a los hombres de nuestro país. Para la igualdad de oportunidades habría que vencer los obstáculos debidos a la diferencia de niveles económicos, sociales y culturales, a la capacidad de los alumnos. Mas el hecho cierto es que el individuo cada día aprende más en el diario, en la radio y en la televisión, y actualmente esos conocimientos son capitales y más importantes para el ejercicio de la profesión o el desempeño de su cometido, que todo lo que hayamos podido enseñarle en las escuelas.

El reconocimiento de esta verdad es esencial para las sociedades, sobre todo porque la marcha y el progreso de un país no pueden estar asegurados, como lo han estado durante siglos, en el simple sentido común de los ignorantes. Si las sociedades industriales quieren adelantar y adaptarse a las realidades económicas con sentido responsable, si queremos que los ciudadanos participen en los asuntos públicos, en la vida de la producción, es urgente llevar a todos los hombres a las grandes corrientes de la cultura. Y esta tarea no puede ser confiada en exclusividad a la escuela y a la universidad.

Todos sabemos que todavía no se han puesto en juego las capacidades de los individuos. Siempre existirán habilidades diferentes, pero tendremos que evitar la separación evidente al interior de los Esta-

dos, en dos categorías distintas de hombres. En muy pocos años los niños nacidos en 1960 habrán permanecido en la escuela desde los seis a los catorce años; poco tiempo después, al igual que ocurre en el Japón, en donde el 65 por 100 del grupo de edad correspondiente recibe la enseñanza media completa o un entrenamiento profesional equivalente, o como en los Estados Unidos, donde el 80 por 100 de los jóvenes concluyen esa enseñanza secundaria, en este país entre el 7 y el 8 por 100 de los hijos de los obreros alcanzarán también títulos universitarios. Hasta ahora había podido subsistir una cultura popular bien arraigada junto a formas más aristocráticas del saber. Pero ya hacia 1985 será totalmente imposible hacer estos distingos y cada vez será más evidente la característica de la educación, es decir, su tendencia a la universalidad, su valor como palanca de movilidad social y la repercusión dominante que nace de la comunicación rápida de los conocimientos. ¿Cómo podrían entenderse los padres de esos muchachos, que recibieron una instrucción rudimentaria, con jóvenes poseedores de las máximas calificaciones? Sólo la tecnología pedagógica, la prensa, la radio y la televisión pueden contribuir a llenar esos huecos, directamente o secundando el esfuerzo de educación permanente. Lo malo es que el conocimiento y la cultura corren riesgo de una explotación comercial.

Hay otras facetas a tener en cuenta y una de ellas es que hasta ahora se decía que la escuela sustituía a los padres en la transmisión de la herencia nacional. La escuela tiene ahora una misión dinámica. También se tambalea el principio de que los deberes del Estado terminen en una simple escuela que comienza a los seis y termina a los catorce años. Una política cultural extendida exige bibliotecas, museos, exposiciones, teatros, festivales y conciertos. Como no es posible pensar en una asistencia pasiva a esas manifestaciones, sólo los medios de comunicación pueden desarrollar el espíritu crítico y contribuir a que los hombres participen activamente en la vida cultural y a que desarrollen su propia apreciación del arte y del gusto. A la prensa incumbe sobre todo combatir la pasividad a que fácilmente se inclinan la mayoría de los telespectadores.

Por una parte, los diarios, aun en los países más atrasados, explican las consecuencias de las medidas gubernamentales; no es fácil tampoco evitar que los particulares escuchen las emisiones de radio del exterior. Mas ahora, y quizá sea la ventaja mayor de la televisión, recibimos la versión directa de cada una de las partes en disputa, nos informamos de su propio pensamiento. Es más, tanto las grandes manifestaciones deportivas, transmitidas para centenares de millones de telespectadores, como las hazañas de los astronautas americanos las recibimos en el mismo instante en que se producen.

Así se ha alterado la visión que nos ofrece el mundo y son los medios de comunicación los que han transformado nuestra mentalidad y los que trastocan las condiciones de la educación. En este momento todos los países europeos estudian el empleo de la televisión en la escuela; todos se han lanzado a una expansión colosal de la enseñanza con un mínimo de escolaridad que alcanza a los catorce, a los dieciséis y muy pronto a los dieciocho años como mínimo.

Sin exageración se puede afirmar que todos los gobiernos tienen planes de desarrollo educativo para los diez años próximos, y el principio más novedoso es que en todas partes se dice que lo imprescindible es enseñar al niño aprender por sí mismo, es decir, estamos estimulando su espíritu crítico y su forma personal de ver las cosas.

Los gastos para la educación son la mejor de las inversiones, pero es una inversión a largo plazo. Los presupuestos han aumentado en Europa con rapidez tres veces mayor que la renta nacional y ha de llegar un momento en que la productividad o el aumento de la renta nacional no bastarán a cubrir las exigencias escolares.

De ahí la necesidad de recurrir a la tecnología de la educación, a la enseñanza programada, a los medios audiovisuales y, en especial, a la radio y a la televisión. En un principio la televisión y la radio fueron iniciadas como simples auxiliares, bajo el supuesto de que nunca reemplazarían al maestro. La urgencia de la situación pone en tela de juicio el postulado máximo de la pedagogía vigente. Hay casos en que el niño aprende mejor con la enseñanza programada y otros en que la televisión obtiene mejores resultados que la enseñanza regular. Por eso la televisión puede convenir en ciertas condiciones como instrumento total de educación y en definitiva esas tendencias, con los matices que se quieran, abren una relación diferente entre el alumno y el maestro, los manuales y los medios de comunicación. Es esencial introducir en las escuelas del magisterio estos elementos capitales para su formación. La televisión en un instante dispone de gráficos, documentos, máquinas, aparatos, laboratorios, centros de investigación y puede presentar a la vista del niño sistemas complicados cuya descripción verbal sería ininteligible. Están ganando mucho terreno los métodos de presentación de las ciencias con materiales sencillos y económicos, y según el profesor Jean Piaget, la enseñanza de la física y de la matemática están revolucionando las ideas que teníamos sobre los mecanismos del aprendizaje.

Sólo con el empleo de los medios de comunicación se llega al resultado de que el alumno pueda aprender por sí mismo y a que el maestro, gracias a estos auxiliares, pueda reservar su tiempo y su esfuerzo a la obra capital de la formación del niño.

Respecto a la tarea propia del informador en el desarrollo de la política escolar cabría decir que hace unos años hablar de la educación era lo mismo que predicar en el desierto. Hoy en día todos los diarios, las organizaciones radiofónicas y la televisión conceden grandes espacios al estudio de la problemática educativa.

Como modelos, entre los mejores, podríamos citar el caso del suplemento educativo del diario *The Times* de Londres, porque en sus páginas se estudian todos los temas: la legislación, los debates parlamentarios, las decisiones de la autoridad nacional y local; las innovaciones pedagógicas, las grandes líneas de las reformas escolares en el mundo; los problemas de los estudiantes y de la universidad. Tiene además ese diario una gran amplitud de maniobra para solicitar, cuando conviene, a través de encuestas o de reportajes, la opinión del mundo universita-

rio y de los hombres más eminentes de la vida pedagógica.

En Francia, el diario *Le Figaro* dedica una página semanal cuando menos a los problemas escolares bajo fórmulas diferentes, una de las cuales ha sido «Hommes et femmes de demain». *Le Monde* es otro de los grandes cotidianos que nunca está ausente en el comentario de los grandes acontecimientos.

En la prensa de lengua española se dan ejemplos bien interesantes. Me permito citar los diarios de la República Argentina, por la simple razón de que fueron *La Prensa* y *La Nación* los dos diarios que dieron a los escritores españoles más renombrados como Unamuno, Baroja, Ortega y Gasset, Marañón, Américo Castro, Benavente, García Lorca, Ayala y tantos otros, una verdadera audiencia continental. En épocas en que la circulación del libro no era tan fácil, los diarios de Buenos Aires establecieron una vocación casi universal en la mayoría de los hombres de letras en lengua española.

En pocas líneas puede decirse que los grandes rotativos argentinos, con tiradas que oscilan entre 300.000 y 600.000 ejemplares, han sido los más vigorosos en el examen y en la crítica de los problemas educativos. El ex ministro de Educación de la Argentina, doctor Atilio Del'Oro Maini, me decía últimamente en París que su misión al frente de este departamento hubiera sido imposible sin los comentarios de los grandes periódicos del país. Son ellos los que le advertían de las consecuencias reales de una ley o de una disposición, y son ellos los que, al criticarle muchas veces, dieron motivo a que el público considerara como propios los temas del magisterio, de la escuela y de la universidad.

Existen también en Méjico rotativos de gran significación, avisados comentadores de los asuntos

escolares. Pero esa crítica se ha perfeccionado mucho recientemente gracias al establecimiento de un Centro de Estudios Educativos que dirige el padre Latapí, quien con unos simples boletines mensuales, gráficos, en forma de prospecto, no cesa de llamar la atención sobre los problemas del desperdicio escolar, sobre el crecimiento de la matrícula en los próximos ejercicios, sobre las fallas del magisterio y sobre la acción misma de los periódicos, la prensa y la televisión en el contexto de la vida escolar del país.

En cuanto a España, el señor secretario general técnico del Ministerio, Ricardo Díez-Hochleitner, ha hecho referencia a la necesidad de establecer suplementos, páginas o secciones educativas en los principales órganos de opinión del país. Sin entrar en el detalle, porque la situación la conocéis mejor vosotros que yo, cabe sobre todo pedir a los diarios que con espíritu crítico examinen los asuntos. A ellos incumbe poner ante la opinión pública los temas más importantes, destacar sus ventajas y, en su caso, proponer soluciones. La radio y la televisión pueden ejercer una misión muy destacada a través de sus programas de índole cultural o educativa y son sin duda los programas de este tipo los más difíciles de lograr, porque los especialistas muchas veces caen sin saberlo en fórmulas poco atractivas.

Su misión deberá plasmarse sobre todo en las emisiones de carácter general, susceptibles de ponernos en relación con nuestros semejantes. Inútil recordar que los medios de comunicación social no pueden seguir la presentación dialéctica de la clase, pero su labor cultural será muy eficaz si responde a los principios de la coherencia y de la claridad, si sabe sobre todo interesar a la imaginación y a la inteligencia.